

## FENOMENOLOGÍA BAHÍA

Apuntes para un Nuevo Programa Urbano.

**Sebastián Rubiales Bonilla**, licenciado en filosofía.

### 1. Fenomenología del territorio

Quizás fuera de utilidad para los urbanistas y con el propósito de dilucidar qué cosa sea el hecho territorial –más allá de su consideración geográfica- el llevar a cabo una fenomenología del territorio. Un acercamiento a los diferentes modos en que es posible vivir en un territorio y vivir un territorio. Es probable que este análisis arrojará alguna luz sobre las condiciones esenciales que constituyen el “hecho originario” en el que una comunidad se apropia de un ámbito físico, se establece en un lugar y despliega un conjunto de actividades: muchas de ellas similares a las de las demás comunidades y otras, tal vez, distintas.

Parece claro que el carácter esencial de quien se asienta en un territorio es su condición de “colono”. Sin embargo, una vez que el colono se asienta en el territorio, cada sujeto y cada grupo decanta esta colonización bajo un aspecto diferente. Y estos grandes modos de apropiación responden a algunas motivaciones determinadas. Desde una perspectiva social podemos encontrar diferentes posiciones sobre el territorio, diferentes actitudes:

- Una actitud mercantilista, en la que el territorio se presenta en términos de generación de bienes y servicios. La ciudad toma la forma de mercado y el sujeto actúa básicamente como productor o consumidor.
- Una posición patrimonialista fundada en el derecho de propiedad. Aquí el territorio es moneda de cambio, algo puramente venal.
- Una actitud funcionalista o fisiológica, con arre-

glo a la cual el territorio y la ciudad se estructuran sobre las distintas actividades que en ella se desenvuelven. El espacio físico viene determinado por la función que desempeña.

- Una actitud estructuralista o anatómica. Para ella, la ciudad se organiza en diferentes partes que funcionan como un sistema: con relativa independencia unas de otras y con una integración en el conjunto.

- Una postura naturalista para la cual el territorio es “lo dado”, lo primigenio, el soporte de todas las actividades que se despliegan en el territorio. La primera condición de su pervivencia.

Estos estereotipos –y otros muchos– son una simplificación que, en la medida que se constituyen como una opinión dogmática de la realidad, impedirán abordar con eficacia un hecho tan complejo, tan poliédrico como la ciudad o el territorio humanizado. Parece, por tanto, imprescindible que, si aspiramos a entender la ciudad en toda su riqueza, debamos intentar superar todas las perspectivas parciales, integrarlas en una más general.

En nuestros días, la actitud naturalista –el fervor ecológico– aparece como la más noble, como la más generosa puesto que, aun siendo tan sesgada como las demás, al menos reconoce a la naturaleza como dato originario. En todo caso, es la actitud naturalista la que tiene el más alto contenido de compromiso, de expreso reconocimiento político moral de su propia posición.

La necesidad de “reorientar” la apropiación del territorio nace de la constatación del fracaso en el entendimiento de la ciudad basado en un cierto monismo interpretativo: el hombre como productor, como propietario, como constructor, como consumidor.

Desde una perspectiva exclusivamente individual, estas actitudes en relación a la apropiación del te-

territorio se concretan, a mi juicio, en los tres espacios físicos que son significativos en el proceso de maduración/socialización personal: la casa, la plaza, la ciudad. Y, más allá de teorías antropológicas, no estaría de más reparar en la importancia que estas referencias físicas tienen para desvelar las relaciones más importantes en esa futura fenomenología del territorio.

- La casa como ámbito del yo, del tú y del primer nosotros. Es la esfera en la que afloran y se construyen los sentimientos, los afectos. En ella recibimos –casi sin darnos cuenta- la primera explicación mítica del mundo y la primera aceptación incondicional. En la casa se desarrollan la autoestima, los mitos, los primeros valores morales...

- La plaza como lugar del encuentro con el otro prójimo. Es la esfera del segundo nosotros. En ella se desarrolla el yo desplegando su actividad con los otros. Es el lugar en el que el hombre introduce civilidad, es decir, humaniza el mundo. Aquí se juega, se produce, se aprende...

- La ciudad como lugar del cosmos, como apertura a lo otro. Es el ámbito de las ideas, del pensamiento. Sólo desde la apertura al ser se puede producir una interpretación (reinterpretación) creadora del mundo, de nuestro papel como una pequeña parte de un todo. Y, en este sentido, como la esfera del tercer nosotros: el nosotros de la especie.

Fuera de la casa, de la ciudad, de la ciudad... fuera de las tres referencias simbólicas inmediatas... todo lo demás son constructos, inventos, conceptos vacíos, pura terminología política: conurbación, provincia, área metropolitana, región, país, estado...

Si construimos una ciudad en la que impere o predomine de manera desequilibrada la percepción de la realidad desde un solo prisma (la ciudad como mercado, como fábrica, como habitación, como ocio, como nodo logístico –valga el palabro...) perderemos riqueza, perderemos diversidad y perderemos –lo que es más

importante– el sentido original de la ciudad que debe construirse con la brújula de una nueva visión antropológica, es decir desde una nueva interpretación política y moral.

¿Cuáles son, sin embargo, los aspectos reales del mundo? Lo que el hombre hace de una forma natural y espontánea:

- Habita una casa... vive
- Va a la escuela o al taller... se traslada
- Aprende / enseña a leer... trabaja
- Compra / vende en el mercado... produce
- Discute en el ateneo... se relaciona
- Juega en el gimnasio... se divierte
- Pasea en el jardín... descansa
- Riega las plantas... cuida la naturaleza
- Lee en la biblioteca... se instruye

Y todo ello sobre la naturaleza dada. Pero tanto o más importante que definir los modos de estar y de ser en la ciudad es definir el tránsito entre una a otra actividad: la levedad y la lentitud. La levedad en el espacio y la lentitud en el tiempo.

Todas estas perspectivas formarían un todo, una unidad, una realidad superior (distinta) a la suma de las partes (síntesis). Y no cabría pensar una realidad unitaria en la que el paso de uno a otro modo fuera rotundo, como señalando partes o fronteras. Se impone, por tanto, un tránsito suave como la sangre que riega todos los órganos de un cuerpo, como el “ambiente” de un cuadro o el horizonte sobre el que se destaca un paisaje... el paisaje del lugar como telón de fondo de la ciudad en el que ésta se vivifica, hinca sus raíces y muestra lo mejor de sí misma, su perfil singular.

Ejemplo: En Sevilla, el valle del Guadalquivir, el jardín de la sombra hispanorromana y musulmana –la ciudad de los patios coronados “donde madura el limonero”– los proyectos actuales de peatonalización en

los que hay más metros cuadrados de adoquín, piedra, hierro cortén, granito... que de verde, agua y sombra son un desastre histórico, ecológico y arquitectónico. No se trata de peatonalizar la ciudad, como han creído erróneamente los ingenieros. Se trata de poder pasear. Peatonalizar nos remite al hombre/peatón frente al hombre/coche (cambiar los tráficos de coches por los tráficos de personas), por tanto el concepto insiste en esta visión sesgada, en una disyuntiva falsa; frente a ella, la percepción integrada de la realidad urbana: pasear es algo propio del hombre (mejor sería el término vagar), no se contrapone a nada e incorpora no sólo el ir de un lado a otro, sino olores y brisas, descanso y naturaleza, posibilidad de estar en soledad o de estar con otros. Pasear es un acto amoroso con el paisaje; peatonalizar es poner impedimento a los coches. Amor y belleza –valores positivos– frente a ahorro energético, ausencia de ruidos que son valores definidos negativamente.

## 2. El arte del territorio: la comprensión del lugar

Pero la construcción de la ciudad no se ha hecho sólo desde estas visiones parciales. Existe, también, junto a ellas otra –tan importante al menos– basada en la búsqueda de la belleza, en la emoción estética, en el sobrecogimiento del misterio de la vida. Una visión que surge del sentimiento, de la sabiduría inconsciente del lugar originario de la ciudad.

A veces, en determinadas épocas y en determinados ámbitos geográficos, la construcción de la ciudad o del territorio antropizado se ha hecho de una manera excelente. Ahí está para demostrarlo La Toscana, el valle del Loira... Y parece que su carácter de excelencia se ha debido, en parte también, porque la transformación se hizo con un “ritmo” acompasado, con una delicadeza en la integración del paisaje, la transformación se hizo de modo que las construcciones pedían permiso a los árboles y no los árboles a las construcciones.

La razón positivista nos hizo creer en el siglo XIX que lo prioritario era “transformar el mundo”: dominar las fuerzas de la naturaleza, extraer los recursos para ponerlos al servicio del hombre. Este “endiosamiento” provocado por una confianza ciega en el poder de la razón le dio carta de naturaleza, paradójicamente, al irracionalismo más furioso que llevó a Europa al borde de la hecatombe cuyas mayores expresiones históricas fueron las dos guerras mundiales y, en nuestro país, la Guerra Civil. También nos llevó a creer injustamente –a mi entender– que una alpargata pintada de rosa y enmarcada podía ser una expresión sublime de la belleza, lo cual ha producido tantos daños colaterales como las tres guerras anteriores. Pero sobre el papanatismo de las galeristas de arte no voy a escribir; ni sobre esa feria de las vanidades, diletante y hortera, llamada ARCO enredada todavía en los epígonos de los ismos nacidos en 1914: surrealismo, cubismo, fauvismo, nadismo, ton-tismo...

La borrachera del yo –la fantasía de pensar que la belleza se crea y no que se re-crea, que en el mejor de los casos ayudamos a surgir– y el olvido de los mitos, del papel que en la comprensión de la realidad juega la vocación estética del hombre nos hizo olvidar la idea de “civilidad”, del ágora como expresión fundacional de la ciudad. Es imposible entender una ciudad sin sus mitos fundacionales que nos suele desvelar las relaciones topográficas entre las ciudades y sus lugares.

En definitiva, es imprescindible comprender los lugares para llevar a cabo propuestas coherentes, intervenciones acordes con su propia naturaleza. A mi juicio, de un modo similar a lo que acontece con los individuos, las ciudades tienen tres claves de comprensión:

- La clave topográfica
- La clave histórica
- La clave teleológica

La clave topográfica es el código genético –diría-

mos metafóricamente— más geográfico que la ciudad trae como su configuración esencial y material. El genoma de la ciudad: los valles y montañas, ríos, mares, clima, vegetación... Lo que está dado desde el principio y, en especial, lo que atrajo al hombre a su asentamiento.

Sin embargo, entender el territorio como paisaje no significa abordarlo como mera apariencia; al contrario, se trata de “desvelar” el paisaje, de ayudar a destapar su misterio; a encontrar las claves fundacionales... entendiendo también el paisaje como “paisaje oculto”.

Las transformaciones del territorio deben preservar la capacidad de orientación de los hombres —en el espacio y en el tiempo—, conservar el acervo sentimental de quienes han aprendido a sentir la belleza y a conocer el planeta en que vivimos. En suma, las transformaciones del territorio se deberían abordar a partir de la fusión de estas dos referencias: por una parte, las condiciones de la sensibilidad; por otra, las condiciones de la racionalidad.

En el lenguaje político y tecnológico actual se prodigan las aspiraciones de reconciliación ambiental, la llamada sostenibilidad y otros requerimientos para evitar o moderar el impacto de la urbanización sobre el territorio rural. Y sin embargo pervive en las propuestas urbanísticas la imagen y la estética ochocentista consistente en incorporar zonas con vegetación al espacio urbano. Conviene sin embargo reflexionar —González Fustegueras, 2005— si no sería más adecuada a la sensibilidad estética y a las preocupaciones ambientales del hombre actual, al sentido común, la intrusión de piezas urbanas y edificios en el territorio rural. Considerar si no sería este modo de construir el hábitat humano el más razonable para reconciliar la racionalidad propia de lo urbano con las condiciones de cada lugar. ¿Qué ha sido si no, la villa romana, el cortijo andaluz, el poblado de colonización?

La pregunta que surge, a renglón seguido, es inevitable: ¿son correctas, entonces, las propuestas urbanas

para construir una ciudad discontinua, una ciudad “a saltos”? ¿Constituyen estas propuestas un modelo sostenible, económico en cuanto a las infraestructuras, tráfico...etc? El principio de levedad en el planeamiento de la ciudad, a mi juicio, no puede forzarse hasta llegar a invertir fatalmente los términos y apostar simplemente por “la intrusión de piezas urbanas y edificios en el territorio rural”. O, al menos, hacerlo, como dirían los latinos, “cum granu salis”. No vaya a suceder finalmente que demos carta de naturaleza al chiste en el que la niña, ante un paisaje hermoso, le decía a su padre: “Papá, ¿por qué no se construyen las ciudades en el campo?”

La clave histórica es su configuración espiritual, acrisolada durante siglos y aportes de civilizaciones. Es su código cultural, el papel que ha desempeñado a lo largo de la historia, sus relaciones económicas y productivas, la tipología y disposición del caserío, la estructura de propiedad de la tierra, su modo de entender los elementos y las relaciones más básicas: la casa, la plaza, la ciudad. Y, por debajo de estos elementos, sus valores morales, su visión del hombre, de la felicidad, del sentido último de la existencia humana. Su particular cosmovisión, lo que los alemanes indican con la palabra *weltanschauung*.

El devenir histórico se reconoce en las ciudades porque las ciudades, como los seres humanos, tienen su propia intrahistoria, su propio tiempo interior. El olvido, el fallo de la memoria, que conduce al delirio, la actitud ensoberbecida de creer que la creación —el crecimiento— de la ciudad puede hacerse ex nihilo acaban produciendo el sentimiento estético de fealdad y de “malestar urbano”. El olvido del “lugar primigenio” y la falta de naturalidad en el crecimiento suelen producir ciudades mostrencas, artificiosas que responden a la lógica del mercado, que perpetúa la lógica interna del sistema.

Incluyo en la idea de “clave histórica”, lógicamente, la sensibilidad a factores sociales actuales. La pro-

puesta que nos ocupa debe promover la construcción de ciudad respondiendo, además, a las necesidades de las nuevas unidades familiares tanto en la composición como en los requerimientos: jóvenes emancipados, personas mayores, familias monoparentales, viviendas en régimen de venta/alquiler, viviendas de renta libre/promoción pública...

Finalmente, el tercer elemento para poder entender la ciudad es la clave teleológica. El hombre transforma conscientemente el medio, lo humaniza. Y esta tarea la lleva a cabo de una forma radicalmente distinta al modo como transforma el animal su propio medio: en la transformación humana existe explícitamente la causa final; sólo el hombre tiene la capacidad de darse conscientemente fines a sí mismo: su obrar no solo responde a causas eficientes o, al menos, la pregunta para qué hace esto o lo otro abre una grieta de libertad en el horizonte de su actividad práctica. El territorio –la ciudad– no es la que es ni será la que será sólo porque tiene esta geografía y esta historia. No todo está dado; no todo nos es sobrevenido. Existe una voluntad colectiva –apoyada en el esfuerzo y en el talento individual– por crear belleza y por construir un espacio de lo humano.

A esta actividad podríamos llamar “el arte del territorio”, es decir, una actividad que además de entender el espacio para acoger las distintas actividades humanas parte de la comprensión de la fuente desde donde fluye el ser de la ciudad. Y, para ello, hay que dejar que la ciudad desvele su origen, su propio carácter. Y que lo haga acompasadamente según su propio tiempo interior.

### 3. La urbanización

Si reparamos en la etimología de las palabras *urbs* y *civitas*, parece que la primera significaría ciudad con un contenido más físico –edificios, calles, plazas– frente a la segunda cuyo significado aludiría a contenidos más

culturales o espirituales, a las actividades propias del hombre: dialogar, hacer las leyes, comerciar, instruirse... etc.

“Urbanizar” sería poner las condiciones físicas para que pudiera desarrollarse la “civilidad”. Sin embargo, hoy, en lenguaje vulgar “urbanizar” equivale a hacer ciudad identificando el término con edificar, construir edificios, poner ladrillos transformando en paisaje urbano el paisaje rural.

Es curioso el destino de las palabras. Porque si observamos lo que está pasando en la mayoría de nuestras ciudades –en especial si están ubicadas en el litoral– urbanizar debería ser sinónimo de destruir más que de construir: se destruyen los recursos naturales, se destruye el paisaje agropecuario, se destruye el medio simplemente por una ocupación abusiva del suelo. Y, además, esta ocupación suele ser incompatible con su propio fin: se construyen urbanizaciones en las que es imposible trabajar, ni conversar, ni instruirse, ni comerciar, ni pasear... Se construyen urbanizaciones sobre un ocio banalizado –igual para todos en todas partes–, en donde no surge nada, en donde no pasa nada, en donde los intercambios sociales son los menores posibles. Se urbaniza hoy contra el espíritu de la ciudad. La urbanización es exactamente lo contrario a la *civitas*.

En opinión de González Fustegueras, arquitecto y urbanista, la modernamente llamada ordenación del territorio no responde a otro objetivo que al de la gestión adecuada y prudente del espacio, es decir, a su urbanización en sentido recto. Lo cual entraña el mantenimiento de su buena salud fisiológica, no sólo de su conservación anatómica. Buena salud fisiológica en términos sociales y también en términos ecológicos: es decir, en términos humanísticos.

Urbanizar en sentido recto, a mi juicio, no es más que trasladar al nuevo territorio colonizado el “tiempo interno” de la ciudad originaria.

## 4. La levedad, la lentitud y los nuevos valores emergentes

Actuar levemente, sin prepotencia, significa atender prioritariamente a la ciudad consolidada, crecer lo indispensable atendiendo a las necesidades reales de los ciudadanos, conseguir un mínimo de autonomía para los barrios, mejorar los equipamientos, articular las periferias con el centro, diversificar los usos urbanos, descentralizar los equipamientos para descentralizar las decisiones. Todo ello, en el espacio y en el tiempo, no sólo en el espacio. No se puede pretender crecer a “toque de corneta” o siguiendo el mero dictado de los intereses de los actores privados. La ciudad tiene su propio ritmo, su propio “tiempo interno”: encontrarlo, rescatarlo, es tan importante como el hecho de colonizar, de “clasificar” más o menos suelo.

Apropiarse del territorio construyendo ámbitos “de rostro humano” es nuestra aplicación de la levedad. Cada lugar tiene sus claves esenciales dispuestas como un sistema de esferas concéntricas en el que unas sostienen a otras: desde las más físicas a las más espirituales, y todas interrelacionadas entre sí, como un sistema de sistemas. La geografía, el clima, el paisaje, el sentido de la primitiva colonización o fundación, el sistema productivo, la organización social, la organización política, las formas culturales, el sistema de ideas y creencias, las relaciones con otras ciudades y territorios...etc. Y, también, los nuevos valores emergentes que re-crean la idea de ciudad como proyecto, como pacto, como acuerdo social que nos retrotrae al sentido más originario de la comunidad.

Es necesario tomar conciencia de la complejidad de nuestro objeto de estudio y, por ello, es necesario manejar diversos instrumentos en la planificación, de modo que la idea de los equipos interdisciplinares no sea un recurso publicitario sino la consecuencia de una

actitud que debe encarar incluso cierta idea de contradicción: lo rural y lo urbano; la razón y el sentimiento; certezas y dudas; lo geográfico y lo histórico de cada lugar. Lo que se puede explicar y lo que sólo se deja comprender, en la distinción que ya hizo Dilthey entre ciencias físicas y ciencias sociales.

Antes decíamos que los llamados “nuevos valores emergentes” o también “nuevos derechos republicanos”, re-crean la idea de ciudad como pacto. Y llevan a cabo una re-lectura de los derechos surgidos en la Revolución Francesa: el derecho a la belleza, el derecho al disfrute del espacio público, la preeminencia en la ciudad del espacio público sobre el espacio privado, la función social del derecho de propiedad del suelo, el valor de la cooperación, de la solidaridad, el derecho a la participación pública directa en las decisiones sobre la ciudad, la descentralización en la toma de decisiones, la paridad de género en la representatividad política, el protagonismo de la sociedad civil, etc.

Parece claro que los principios urbanísticos del Nuevo Programa Urbano, a saber: la levedad en el espacio y en el tiempo, la sostenibilidad, la integración social y territorial, la movilidad funcional entre las partes, la heterogeneidad de usos, la preeminencia de los ciudadanos frente a las cosas –sean edificios o coches-, la belleza en las intervenciones, el gusto por las pequeñas cosas frente a la grandilocuencia urbanística y arquitectónica... todo este andamiaje tiene como fin el de construir urbanizaciones que desarrollen la civitas, construir un territorio antropizado en el que tomen carta de naturaleza aquellos valores sociales.

## 5. La misión del urbanista

Sin embargo, “la verdad, lo real, la vida... se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo. Si éste ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imagina-

ria, lo que ve será un aspecto real del mundo”.

Construir una síntesis de los aspectos reales del mundo –tomado aquí como territorio y más concretamente como ciudad– es la misión actual del urbanista. Construir una síntesis de los aspectos reales del territorio “dejando ser al ser” –es decir, respetando al otro más allá de que su existencia posibilite la mía, respetando lo otro dado, la naturaleza y el paisaje, y cuidando la memoria colectiva fruto de los avatares de la historia compartida–.

Es evidente que si algún compromiso cree tener alguien consigo mismo y con los demás, éste es el de colaborar a no empeorar el mundo en el que vivimos: el mundo físico y el mundo social. Formulado así parece un imperativo novedoso pero es tan antiguo como el hombre. Y los periodos históricos lo actualizan con palabras distintas: planeta, sostenibilidad, recursos endógenos, sociedad civil... nada que no esté contenido ya en el imperativo kantiano: actúa de tal manera que tu máxima pueda ser considerada como ley universal.

Parece claro, no obstante, que entre el cumplimiento del antiguo imperativo kantiano y la formulación de un plan general de ordenación urbanística hay un amplio repertorio de objetivos y medios que deberíamos tener presentes. En primer lugar, en relación a la función social del urbanista –valga la redundancia–, sería oportuno entender que los agentes de la ciudad son los ciudadanos y no los urbanistas, que deberían aumentar su capacidad de escucha y evitar en lo posible la sofística y la retórica, los discursos vanos, las hipérboles, las metáforas, los juegos estéticos y florales en que convierten a menudo sus denominadas “propuestas urbanas”.

Aprender a vivir en silencio, a escuchar la voz propia de cada territorio... podría ser una buena asignatura en las Escuelas de Arquitectura, y una condición para poder comprender desde dentro el secreto de cada lugar, para poder sentirlo. Por el contrario, a los alumnos de arquitectura se les está entrenando desde los prime-

ros cursos en la novísima “arquitectura de autor” y en la antiquísima “retórica”. Aunque es bien cierto que una cosa es la arquitectura como arte y otra cosa es el urbanismo, que no ha pasado de ser una técnica deudora de otras disciplinas científicas y de otras artes aplicadas o menores. Lo cual no es ningún desdoro para los urbanistas.

“Poco cante, muy largo el jipío...”, dice un proverbio del mundo flamenco. En el urbanismo, en la arquitectura, la actualidad está llena de jipíos. La irrefrenable compulsión por hacer libros y folletos para explicar una casa, una estación de ferrocarril o un puente es la mejor prueba de que la obra es petulante, vana, artificiosa. Nadie conoce la justificación que hizo Rodin de su pensador, ni los folletos que repartió Sabatini para explicar sus jardines, ni las disertaciones de Velázquez sobre su Cristo... Hoy, los arquitectos que tienen una furia desmedida por la metafísica de barbería y por el cemento armado esconden la vulgaridad y la grandilocuencia de sus obras en periódicos, revistas y salas de arte. Y en toneladas de papel sus propuestas de ordenación –por cierto, unas propuestas al menos en su soporte material bastante poco sostenibles–. Hoy, en un mundo-escaparate en el que se banaliza todo, y la ciencia y el arte, el arquitecto es una vedette, como un futbolista, una famosa o un “comunicador” cuya primera intención es hacer propuestas originales, con glamour, de diseño, interesantes.

En lugar, pues, de alargar el jipío hemos de intervenir con este nuevo sentido antropológico en el territorio buscando su alma. Tener presente sus claves de comprensión para poder encontrar los lugares invisibles, los lugares prohibidos y abrir canales para que su sangre vivificante fluya hasta el último rincón de la ciudad. Y es probable que de entre todos los arquitectos-albañiles mudos surja de cuando en cuando, de forma natural, un artista, un creador... lo reconoceremos a distancia porque hará poco ruido y tendrá muchas dudas. Y hará obras que no necesitarán artículos periodísticos ni folle-

tos explicativos. Serán obras de arte. Bellas, útiles. Y los ciudadanos casi ni se darán cuenta.

A mi juicio, la misión del urbanista en el siglo XXI será un programa revolucionario en la justa medida que quiera dejar de serlo. O, al menos, que abandone muchos "ismos" del siglo XX: capitalismo, comunismo, desarrollismo, industrialismo, tecnocratismo... Se nos reclama, por deber, un Nuevo Programa Urbanístico fundado en la levedad, en la lentitud, en el silencio, en la verdad, en la naturaleza, en la vida, lejos de algarrabías, de farfollas y trompetas... Lejos, muy lejos de la facundia arquitectónica, de la hipérbole profesoral, de la fatuidad urbanística, de la palabrería, del resplandor de la apariencia. De la pura inanidad. Por suerte, para construir una plaza, una estación, un puente, una casa, una buena casa, una casa maravillosa, no es imprescindible decir tonterías ni justificar inútilmente un plan de ordenación que esconde una voracidad mercantilista.

Ser una partera de la ciudad –como hubiera dicho Sócrates– que le ayuda a sacar lo mejor de sí misma, su identidad, su singularidad es, en mi modesta opinión, la misión del urbanista. Algo parecido a lo que hacía Miguel Ángel cuando ayudaba a su Moisés a salir del bloque de mármol.